

EL Tesoro DEL Templo

Eliette
Abécassis



Por la autora de *Qumrán*

Abril 2002, desierto de Judea. El cadáver de un arqueólogo, víctima de un asesinato ritual, es hallado en un altar cerca de Qumrán. En el momento de su muerte, el profesor Ericson se hallaba buscando el tesoro del Templo a partir de uno de los manuscritos hallados en las grutas de Qumrán, el Pergamino de Cobre. Éste, además de ser el único de metal y el más enigmático de entre todos los textos encontrados, describiría un valioso tesoro que podría hallarse oculto en diversos lugares alrededor de Jerusalén. A pesar de que algunos investigadores cuestionan la supuesta existencia del tesoro, Ericson estaba convencido de que las descripciones del pergamino eran reales y llevaba años intentando demostrar que el tesoro estaba conformado por objetos sagrados procedentes del Templo de Salomón.

Ary Cohen, gran conocedor de la región y de los pergaminos del mar Muerto, es asignarlo por los servicios secretos israelíes para investigar el asesinato de Ericson y desentrañar un enigma que se remonta al origen de los tiempos y en el que se hallan involucrados esenios, templarios, masones y la secta de los Asesinos.

*A mi madre,
pues gracias a ella
he escrito este libro.*

*Juntaos, y os anunciaré lo que ha de acontecer en días
venideros.
Génesis 49,1.*

Prólogo

Corría el 16 del mes de nisán del año 5761, o, para quien lo prefiera, el 21 de abril del año 2000, treinta y tres años después de mi nacimiento.

En la tierra de Israel, en medio del desierto de Judea, cerca de Jerusalén, fue hallado el cuerpo de un hombre asesinado en las circunstancias más extrañas.

Había sido atado sobre un altar de piedra y luego degollado y quemado. Su carne, medio calcinada, dejaba entrever los huesos.

Los bordes de su túnica de lino blanco y el turbante que lo cubría estaban manchados de sangre. Sobre el altar de piedra había siete trazos sanguinolentos pintados por la mano del asesino. Aquel hombre había sido sacrificado como un animal. Se le había abandonado así, con los brazos en cruz y la garganta abierta.

Shimon Delam, antiguo jefe del ejército israelí y actual director del Shin Beth, el servicio secreto interior, fue a ver a mi padre, David Cohen, para pedirle ayuda en aquel asunto. Mi padre, dedicado a la paleografía de pergaminos antiguos, y yo —Ary Cohen— habíamos trabajado juntos para Shimon, dos años antes, en la resolución del enigma de un manuscrito desaparecido y de unas misteriosas crucifixiones.

—David —dijo Shimon después de haberle expuesto el caso—, si vuelvo a apelar a ti es porque...

—Porque no sabes a quién más dirigirte —dijo mi padre—. Porque tus policías no entienden nada ni de sacrificios rituales ni del desierto de Judea.

—Y aún menos de sacrificios humanos... Reconocerás que eso nos remite a una época muy antigua.

—Antigua —dijo mi padre—, en efecto. ¿Qué quieres de mí?

Shimon sacó una bolsita negra de plástico y la tendió a mi padre, que miró en su interior.

—Un revólver —dijo mi padre—. Calibre 7,65.

—Este caso podría llevarnos muy lejos, y no estoy hablando del desierto de Judea ni de la historia de esta región. Hablo de la seguridad de Israel.

—¿Podrías contarme algo más?

—En este momento hay mucha tensión en nuestras fronteras. Nos han informado de movimientos de tropas en el sur de Siria. Se está preparando una guerra, pero no sé dónde ni por qué. Este asesinato podría ser la primera señal.

—La primera señal —repitió mi padre—. No sabía que creías en señales...

—No —dijo Shimon—. No creo en señales. La CIA tampoco, y, sin embargo, estamos de acuerdo. Según nuestros expertos, el arma del crimen, que apareció cerca del cuerpo, es un cuchillo fabricado en Siria en el siglo XII.

—En el siglo XII —repitió mi padre.

—La víctima es un arqueólogo que estaba excavando en Israel. Buscaba el tesoro del Templo siguiendo las indicaciones precisas de un pergamino del mar Muerto...

—¿Estás hablando del Pergamino de Cobre?

—Precisamente.

Mi padre no pudo reprimir una sonrisa. Cuando Shimon utilizaba el adverbio «precisamente», eso quería decir que la situación era grave.

—Sabemos que el verdadero objetivo de ese hombre era construir el Tercer Templo. También sabemos que tenía enemigos... Ya me conoces, soy un militar, las motivaciones profundas de este crimen me superan...

—Vamos —dijo mi padre—, al grano...

—No es una misión como las otras. Por eso necesito a un hombre que conozca perfectamente la Biblia y la arqueología y que no tenga miedo de luchar en caso de necesidad. Necesito a alguien que sea a la vez un erudito y un soldado.

Shimon miró a mi padre en silencio y luego, mordisqueando pausadamente un palillo, terminó:

—Necesito a *Ary, el León*.

PRIMER PERGAMINO

El pergamino del crimen

*Sed fuertes e intrépidos, oh valientes soldados.
¡No tembléis!
¡No retrocedáis!
Porque a vuestras espaldas se oculta la comunidad del crimen
y en las tinieblas ejecutan todos sus actos
y son su pasión las tinieblas.
Mas es su refugio vanidad,
y su poder se desvanecerá como el humo,
se perderá toda su multitud,
todo el universo de su ser desaparecerá rápidamente.
Sed intrépidos en el combate,
porque ahora adviene la obra de Dios
contra los espíritus del crimen.*

*Pergaminos de Qumrán,
Reglamento de la Guerra.*

Soy Ary el escriba. Soy Ary Cohen, hijo de David.
Hace muchos años vivía entre vosotros. Como mis amigos, viajaba a lugares lejanos, frecuentaba las noches locas de Tel Aviv e incluso hice el servicio militar en la tierra de Israel.

Luego, un día dejé mis costumbres urbanas y me retiré al desierto de Judea, a las puertas de Jerusalén, sobre los acantilados de un lugar fortificado llamado Qumrán.

En la quietud del desierto llevo una existencia austera, alimentando mi espíritu, pero no mi cuerpo. Soy escriba. Como mis antepasados, llevo puesto un cinturón que sujeta una caja de palo rosa que contiene plumas y pinceles, así como el cortaplumas que me sirve para rascar la piel de los pergaminos. La aliso con la hoja, para eliminar las manchas y asperezas y obtener un grano limpio que absorbe la tinta sin dejar que se empape demasiado. Para grabar la superficie de esa piel utilizo la pluma de oca, más fina que el austero pincel de palo rosa. Elijo cuidadosamente mi pluma entre las remeras de volátiles criados en un kibutz no lejos de Qumrán. Prefiero las plumas del ala izquierda, y debo ponerlas en remojo varias horas para ablandarlas, después secarlas, enterrarlas en la arena caliente para endurecerlas y, finalmente, cortarlas con el cortaplumas.

Tomo el escritorio portátil en el que se encuentra el recipiente para el agua y la tinta; mezclo agua y tinta en un frasquito, y empiezo: *Mi vida ha sido arrancada y llevada lejos de mí como la tienda de un pastor.*

Grabo las letras en pergaminos amarillentos como los libros antiguos, páginas visitadas, vistas y leídas, palpadas, vueltas una y otra vez de año en año, de siglo en siglo, de milenio en milenio. Me paso escribiendo todo el día, y también la noche.

En este momento querría hablar, contar mi historia, la historia terrible de la que fui un simple juguete. No es un azar que en la raíz de mi historia se encuentre la Biblia, porque en ella he visto el amor y el paso de Dios, y en ella he visto la violencia. Sí, en ella he visto el verbo «ser».

Oh, hijos, escuchadme y retiraré el velo de vuestros ojos para que veáis y oigáis los actos del Señor.

Mi padre, David Cohen, en esa tarde del 16 del mes de nisán de 5761, vino a buscarme a las grutas de Qumrán, al

scriptorium en el que yo realizaba mi trabajo. Era una caverna algo más amplia que las demás, en la que se encontraban amontonados numerosos pergaminos de diversos tamaños, rollos sagrados, una gran cantidad de vasijas de dimensiones gigantescas, tiestos y tapas rotos mezclados con pedazos de roca..., una acumulación de objetos antiguos en un desorden secular que nunca me atreví a perturbar. Hacía más de un año que no nos veíamos. Los ojos de mi padre brillaban de emoción.

Sus cabellos oscuros eran abundantes, pero se podía leer en su amplia frente como en un pergamino en el que se hubieran acumulado las letras de año en año. Una de ellas había sido trazada después de la última vez que lo vi: *lamed*, que significa «aprender y enseñar», la más alta del alfabeto hebreo, la única en que el trazo vertical supera el renglón por su parte superior, se parece a la escalera de Jacob, por la que suben y bajan los ángeles para observar y transmitir.

Él no me reprochó nada, pero yo era su hijo, el único, y aunque respetaba el camino que yo había elegido, forzado a medias por circunstancias dramáticas, y a medias conformado porque ése era el camino elegido por mí, el de mi vida, sufría porque le había dejado. Habría querido tenerme más cerca, en Jerusalén, aunque después del servicio militar yo había dejado su casa para ir a vivir al barrio ultraortodoxo de Mea Shearim. Pero aunque no estuviera a su lado, él me habría preferido en Tel Aviv, viviendo como un israelí moderno, en vez de en las grutas de Qumrán. Y si no podía ser Tel Aviv, por lo menos en un kibutz del sur o del norte del país, en cualquier caso un lugar al que pudiera ir a visitarme, y no el lugar secreto, de difícil acceso, en el que yo llevaba una vida de asceta. Y yo, que siempre me preguntaba cuándo volvería a verlo, sentí hasta qué punto aquel momento era único. Sin querer, las lágrimas inundaron mis ojos.

—Vamos —dijo mi padre—. Estoy contento de volver a verte. Tu madre te manda un beso.

—¿Cómo está?

—Bien, ya la conoces. ¡Es fuerte!

Yo quería a mi madre, pero desde que profesé como religioso, entre nosotros se había alzado una especie de muro de incomprensiones. Para ella, rusa y atea, yo era un monje, lo que significaba un loco, un fanático, un iluminado.

Dos años antes, yo me había unido a una secta secreta de ritos muy particulares: la de los «esenios». En el siglo II antes del nacimiento de Jesús, unos hombres se retiraron al desierto de Judea, sobre un acantilado llamado Khirbet Qumrán, y allí construyeron un campamento en el que estudiaban, oraban y se purificaban con el bautismo a la espera del Fin de los Tiempos. Pero el Fin de los Tiempos no llegó, y después de la muerte de Jesús y de la revuelta de los judíos, la Historia perdió el rastro de aquellos hombres. El campo de Khirbet Qumrán fue incendiado y abandonado. Se creyó que los romanos habían exterminado a los miembros de la secta, o que éstos habían sido deportados. En realidad, se habían refugiado en unas grutas inaccesibles, y allí vivieron en secreto, y allí siguen, ocupados en rezar, estudiar y copiar los textos de la tradición, y sobre todo en esperar y prepararse para el mundo futuro.

—Venga, cuéntame —dije—. ¿Qué noticias traes de fuera?

—La noticia —dijo mi padre—. Se ha cometido un asesinato en el desierto de Judea, a pocos kilómetros de aquí. Una especie de sacrificio humano. Shimon Delam me ha pedido que hable contigo, Ary. Quiere que te ocupes del caso. Dice que sólo tú eres a la vez soldado y experto en las Escrituras.

—Pero —respondí— ¿no sabes que mi misión está aquí, en las grutas de Qumrán?

—¿Tu misión? —dijo mi padre—. ¿Qué misión?

—Los esenios me eligieron ayer. Han hecho de mí su Mesías.

—Te han elegido —repitió mi padre mirándome con un aire extraño, como si no le sorprendiera la noticia que le estaba dando.

—Creen que soy el Mesías que esperaban. Los textos lo dicen: el Mesías será revelado en el año 5760 y se llamará «el León». El León soy yo. Eso significa el nombre que me has dado.

—Entonces, ¿estás dispuesto a dejar tu labor de escriba y a salir de las grutas?

—Yo soy escriba, no detective.

—Dices que has sido designado Mesías por los esenios: eso significa que tu labor ya no es la escritura, sino el combate en la lucha del Bien contra el Mal. En la guerra de los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas, tu misión es encontrar al asesino y combatirlo.

Así habló mi padre, y más allá de la dialéctica del sabio no pude dejar de reconocer al sacerdote, al Cohen. Dos años antes, había descubierto que mi padre había sido un esenio que decidió abandonar las grutas cuando se creó el Estado de Israel, para vivir allí, y comprendí por qué ese hombre, de una fuerza y una estatura imponentes tanto por su saber como por su coraje y fidelidad, tenía el carisma y la actitud de un patriarca, con sus cabellos oscuros, su cuerpo de músculos delgados, sus ojos negros brillantes en medio de un rostro iluminado por una sonrisa mágica. Esa sonrisa expresaba a la vez la vida del espíritu que le inspiraba y la serenidad que le daba el estudio de los textos antiguos.

Esa era sin duda la razón por la que aquel hombre no tenía edad, porque tenía todas las edades: era la memoria del tiempo.

—Vamos —dijo mi padre—. Eres joven. Puedes combatir. Tienes el conocimiento y la fuerza necesarios para resolver este enigma. ¿O prefieres hacer como el profeta Jonás, y huir ante tu misión?

—Son sus asuntos —dije.

—No, no son *suyos*. Son vuestros, son nuestros asuntos. Ese hombre ha sido sacrificado en vuestra casa, en vuestro territorio, y estaba vestido con vuestro hábito ritual. Debes saber que si no actúas, las investigaciones se dirigirán contra vosotros e inevitablemente se descubrirá el secreto de vuestra existencia; incluso es posible que intenten acusaros para forzaros a salir de las grutas y encadenaros, esta vez para siempre. ¡No se trata de combatir, sino de salvaros!

—Está escrito que debemos alejarnos del camino de los malvados.

Entonces mi padre se acercó al pergamino que yo estaba copiando. Paleógrafo de textos antiguos, se interesaba en la forma individual de las letras para determinar en qué fecha habían sido copiados los textos y, aunque la paleografía no es en absoluto una ciencia exacta, porque ningún manuscrito puede servir de referencia absoluta en esta especialidad, mi padre lograba discernir en los textos la progresión desde las formas más antiguas hasta las consonantes más recientes. Recordaba todo lo que había descifrado, identificaba perfectamente las características de cada fragmento estudiado, la calidad del cuero, su preparación y su soporte de escritura, e incluso el estilo del escriba, la tinta, la lengua, el vocabulario y los temas. Sus conocimientos lingüísticos le permitían leer tanto el griego como el semita, las tablillas cuneiformes o las puntas de flecha cananeas inscritas sobre documentos fenicios, púnicos, hebreos, edomitas, árameos, nabateos, palmirenses, tamudeos, safáíticos, samaritanos o cristiano-palestinos. Señaló un pasaje con el dedo: *La mano del Señor se posó sobre mí; me hizo salir por el espíritu del Señor y me depositó en medio del valle: estaba lleno de osamentas.*

—Está escrito, desde el siglo II, que esto sucederá en el Fin de los Tiempos —dijo.

Acompañé a mi padre a la salida de la gruta. Frente a nosotros, unos hombres esperaban. Era de noche. Bajo el claro de luna podíamos ver el abrupto acantilado que nos separa del resto del mundo. A lo lejos se recortaban contra el sombrío horizonte las rocas calizas que componen el paisaje lunar del mar Muerto. Allí, en el portal rocoso que se extiende ante la entrada de nuestras grutas, reconocí a los diez hombres del Consejo Supremo: estaban Isakar, Peres y Yov, los sacerdotes Cohanim; y también estaban Ashbel, Ehi y Muppim, los Levi, así como Guera, Naamane y Ard, hijo de Israel, acompañados por Levi, el sacerdote que había sido mi instructor, un hombre de edad madura, de cabellos grises y sedosos, piel apergaminada y curtida por el sol, labios finos y andar altivo. Este último se acercó a mi padre:

—No olvides, David Cohen, que estás obligado al secreto.

Mi padre asintió, y sin decir una palabra inició, entre las hendiduras de las rocas, el arduo descenso que lleva al mundo conocido.

A la mañana siguiente me despojé de mi indumentaria de luz y volví a vestir mis viejas ropas de hasid, que no me ponía desde hacía más de dos años: una camisa blanca y un pantalón negro. Luego me fui.

Avancé por el desierto, solitario en medio del calor agobiante, con el rostro sofocado y los ojos deslumbrados por la luz, siguiendo, entre las rocas y las torrenteras, a lo largo de los escarpes y de las hondonadas, el camino peligroso y secreto que sólo conocen los esenios.

Delante de mí brillaba el gran lago de sal que se extiende a cuatrocientos metros por debajo del nivel del mar, donde el calor es tan intenso que el agua se evapora y vuelve el mar aún más amargo. Lo llaman mar Muerto por-

que en sus aguas, poco propicias para la vida, no hay peces ni algas ni barcos, y rara vez hay hombres.

Sodoma, al sur, la Sodoma destruida, testimonia el cataclismo que un día castigó la región. Y los olores del azufre, y las terribles formas esculpidas en la arena y la roca, revelan en este lugar el imperio de la destrucción. El principio del fin. Por ello, dos mil años antes, los esenios vinieron a este desierto que se extiende desde el este de Jerusalén hasta la gran depresión de Ghor con el Jordán y el mar Muerto, a este desierto tranquilo y silencioso donde se podía creer en el Fin de los Tiempos. Al sur de nuestro desierto hay otro, y al sur de éste, otro más: aquel donde Moisés recibió las Tablas de la Ley. Y en cada uno de estos desiertos subsisten pastores inmemoriales, testigos de los tiempos, y hombres que se retiran del mundo para venir a habitarlo y dejarse habitar por él.

Era mediodía cuando llegué al lugar del crimen. En la terraza margosa el calor era sofocante.

Pasé por delante de las grutas que habían devuelto los restos de unos mil manuscritos que pertenecieron a nuestra secta, algunos de los cuales se remontaban al siglo III a. C. En 1947 encontraron la primera vasija. Entonces empezó la extraña historia de los manuscritos del mar Muerto: el hallazgo arqueológico más extraordinario de todos los tiempos. Desde las épocas de las excavaciones, desde las épocas en que la gente cruzaba el país en peregrinación, se creía que no había nada nuevo bajo el sol de Judea. Durante dos milenios, los hombres habían pasado al lado de ese tesoro, ignorando que unos manuscritos de la época de Jesús, milagrosamente conservados en vasijas, estaban allí, bien protegidos en las grutas de Qumrán, en el desierto de Judea, junto al mar Muerto, a treinta kilómetros de Jerusalén.